

Discernimiento de la nueva época desde América Latina¹

Pedro Trigo, S. J.
Caracas, Venezuela

Nos proponemos caracterizar la época en que nos encontramos. Nos parece decisivo saberlo porque, en cuanto seres sociales, tenemos que desenvolvernó en las coordenadas de lugar y tiempo que, si bien no nos definen, forman parte de lo que somos, así como nosotros también formamos parte de ellas. El tiempo histórico está moldeado por los seres humanos, pero dentro de las posibilidades de la tierra y del momento de su evolución. Como no nos definimos como meros miembros de nuestra sociedad nacional, latinoamericana y global, no podemos vivir dentro de las posibilidades y limitaciones que nos ofrecen, renunciando a nuestra condición de sujetos de esos conjuntos en los que vivimos, sujetos limitados pero reales, conscientes, libres y solidarios. Por eso, tratamos de hacernos cargo de la época en que vivimos, como parte del ejercicio de nuestra responsabilidad humana. Una responsabilidad que no podemos delegar. Sin embargo, es bueno que nos informemos de lo que otros, próximos y lejanos, han investigado y, primordialmente, que compartamos con los compañeros lo que vamos viviendo conjuntamente.

Queda claro, pues, que este no es un ejercicio descomprometido, dado que formo parte de lo que estoy investigando y porque investigo para situarme, lo más conscientemente posible, desde mi compromiso solidario con los seres humanos, mis compañeros de camino, aun cuando no todos me consideren así. Son mis hermanos aun cuando no todos, ni mucho menos, me acepten como tal, ni se acepten como tales².

1. P. Trigo, "Nuevo paradigma y teología", en P. Trigo, *Teología y nuevos paradigmas*, pp. 59-108 (México D. F., 1999); P. Trigo, "Nuevo paradigma y teología. Hacia una caracterización del nuevo Paradigma", *Revista ITER* 22 (2000), 44-62; P. Trigo, "Formalización teológica de los signos de los tiempos. Hacia un nuevo paradigma teológico", *Revista ITER* 22 (2000), 63-83.
2. La condición de hermano que me define y que, desde la perspectiva de Jesús y su Padre, que es también nuestro, nos caracteriza a todos y está muy bien desarro-

Por eso, comenzaré explicitando mi perspectiva cristiana y, desde ella, mi pertenencia a nuestra América³, como llamaba José Martí a lo que, en la segunda época de la región, se caracterizó como América Latina y que hoy sigue llamándose convencionalmente así.

Desde esta perspectiva explicitada, me referiré a la longitud de onda de esta época; a la novedad más visible, a la más cotidiana, a la más apasionante, a la más entrañable y a la más peligrosa; a los actores que la propician y sus contradicciones internas; hasta llegar a los descubrimientos científicos y su aplicación técnica, detrás de esas novedades.

En la exposición de cada tema, quedará claro hasta qué punto propicia o dificulta la humanización de los seres humanos, es decir, haremos el discernimiento con base en ese parámetro, el parámetro cristiano, porque Jesús, para nosotros, es el paradigma absoluto de humanidad⁴.

1. La perspectiva

¿Qué implica el discernimiento cristiano? Hoy estamos en una época globalizada, en la que pareciera que el sujeto no somos nosotros, los latinoamericanos, sino las grandes corporaciones y el capital financiero, los cuales no cuentan para nada con nosotros, sino que nos imponen sus dictados. Nos seducen con la publicidad, pero, sobre todo, nos someten con el miedo. El papa Francisco insiste en que vivimos en un totalitarismo de mercado fetichista, que vive de víctimas. “Su fuerza es su dios”, podemos decir nosotros, con más razón que el profeta Habacuc respecto del imperio babilónico (1,11).

Nuestro Dios, el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, para nosotros el único Dios, nos pide encarnarnos⁵, no solo en la humanidad que nos ha tocado

llada en *Fratelli tutti*. La encíclica del papa Francisco ofrece un análisis completo de la fraternidad y de sus posibilidades, en el contexto actual.

3. La expresión, realmente programática, es el título de un ensayo de José Martí de 1891, en *Nuestra América*, pp. 31-29 (Caracas, 2005).
4. P. Trigo, *Jesús nuestro hermano*, pp. 501-551 (Maliaño, 2018).
5. “En él, la naturaleza humana asumida, no absorbida, ha sido elevada también en nosotros a dignidad sin igual. El Hijo de Dios con su encarnación se ha unido, en cierto modo, con todo hombre. Trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre” (GS 22). “Así, pues, el Hijo de Dios siguió los caminos de la Encarnación verdadera”. “La Iglesia, para poder ofrecer a todos el misterio de la salvación y la vida traída por Dios, debe insertarse en todos estos grupos con el mismo afecto con que Cristo se unió por su encarnación a determinadas condiciones sociales y culturales de los hombres con quienes convivió” (AG 3, 10). El tema

vivir desde nuestro pueblo, sino en nuestra hora. La fidelidad al Espíritu de Jesús se juega en nuestro hoy, pero no para vivirlo como presentismo amorfo, lo que la vida nos va presentando⁶. Ni como quiere la dirección dominante de esa figura histórica, como un presente que se agranda, acelerada e indefinidamente, y que suprime tanto el pasado como el futuro⁷. Por eso, Jesús nos pide que así como discernimos el tiempo atmosférico, discernamos también el tiempo histórico, la situación en la que nos encontramos. Nos lanza el reto siguiente: “¿por qué no juzgan ustedes mismos lo que es justo” (Lc 12,54-57), es decir, lo que hay que hacer, la posición que tienen que tomar? En concreto, nos pide dos cosas: hacernos cargo de los ejes estructuradores de esta época y descubrir sus posibilidades para humanizar y deshumanizar (GS 4), y, más específicamente, por dónde pasa Dios (GS 11).

Este discernimiento lo practicó denodadamente el concilio Vaticano II y, como recepción situada, Medellín y Puebla, y lo viene practicando concienzudamente el papa Francisco. Este discernimiento no está de moda en nuestra Iglesia establecida, que opta por el pietismo y el corporativismo. El primero prescinde de la situación y el segundo se adapta a ella sin discernirla y trata de sacar el mejor partido de ella.

El ejercicio de este discernimiento requiere vivir enraizados en la tradición que se remonta a Jesús de Nazaret y tratar, decididamente y con creatividad fiel, de hacer en nuestra situación lo que Jesús hizo en la suya⁸. Ya que en eso consiste el seguimiento, la tarea del cristiano. Para lograrlo, tenemos que cumplir dos tareas complementarias: contemplar diariamente los evangelios y leerlos discipularmente en comunidad⁹, y hacernos cargo de nuestra situación. Así, pues, por fidelidad a Jesús de Nazaret, no podemos abstraernos de la situación en la que vivimos, sino que tenemos que desentrañar sus ejes estructuradores y auscultar por dónde pasa salvando el Espíritu de Dios. El discernimiento

está desarrollado en “El Verbo encarnado y la solidaridad humana” (GS 32). Ver también, “Con el dinamismo de la encarnación y del misterio pascual”, Concilio Plenario de Venezuela, 13, 59-63.

6. “Como vaya viniendo, vamos viendo”, decía Eudomar Santos, personaje de una telenovela venezolana muy famosa, Por estas calles, del dramaturgo Ibsen Martínez (1992-1994).
7. F. Fukuyama, *El fin de la historia y el último hombre* (Barcelona, 1992).
8. “La fe cristiana es recreación de la práctica liberadora de Jesús en diferentes lugares, tiempos y culturas. Se trata de hacer, aquí y ahora, cosas semejantes a las que hizo Jesús”. “El Espíritu nos capacita para seguirle en fidelidad creadora”, Concilio Plenario de Venezuela, 1, 79-80.
9. M. de Certeau insiste en el acontecimiento que da lugar a la fidelidad, imposible sin él. Ver *La dificultad de creer*, pp. 214-217, 229, 261 (Buenos Aires, 2006). Y retomando la fórmula de Heidegger, afirma: “No sin él” (p. 218).

de los signos de los tiempos para juzgar, como nos pidió Jesús, lo que hace justicia a la realidad, nos impide vivir confinados en nuestros propios grupos. El Señor nos pide no abstraernos de la situación.

Podemos no acertar; pero lo que no podemos hacer es plantearnos seguir a Jesús independientemente del tiempo en el que vivimos y de la situación en la cual nos encontramos. Para acertar, no es suficiente ver, sino también escuchar. No tenemos que considerarnos meros analistas, sino parte de lo analizado. Esta posición vital se consigue si vivimos encarnados¹⁰, es decir, comprometidos con nuestros contemporáneos, desde los pobres y sin excluir a nadie, al igual que lo hizo Jesús.

Tenemos que distinguir entre los bienes culturales y civilizatorios y la dirección totalitaria, incluso fetichista, que ha tomado nuestra época. Hemos de hacerlo desde los pobres, no solo por fidelidad a Jesús, sino también porque desde ellos, se aprecia mejor lo que la situación tiene de humano y de inhumano. Desde mi experiencia en los barrios populares, colijo que la cultura suburbana no está al margen de la época. Es una cultura contemporánea que, en medio de sus carencias y desventajas evidentes, trata de vivir constructivamente en el presente y está abierta a la tecnología de punta e interesada por los imaginarios que evoca¹¹.

Los bienes civilizatorios son indudablemente bienes. Pero no son bienes absolutos, sino relativos, esto es, hay que apreciarlos en relación con los seres humanos, a cuyo servicio se encuentran. Si no están al alcance de la mayoría y si no nos ayudan a pasar de condiciones de vida menos humanas a otras más humanas¹², no cumplen con su papel. Cuando unos pocos utilizan los bienes para colocarse por encima de los demás y para ponerlos a su servicio, ellos mismos se deshumanizan, al mismo tiempo que niegan a los otros las condiciones de vida disponibles, en esta figura histórica.

¿Qué implica que el lugar del discernimiento sea América Latina? Tenemos que discernir la época que nace a nivel mundial y en la cual vivimos inexorablemente los latinoamericanos. En esta época mundializada, ninguna región

10. El papa Francisco afirma: “Todo lo que la Iglesia ofrece debe encarnarse de modo original en cada lugar del mundo, de manera que la Esposa de Cristo adquiera multiformes rostros que manifiesten mejor la inagotable riqueza de la gracia. La predicación debe encarnarse, la espiritualidad debe encarnarse, las estructuras de la Iglesia deben encarnarse”. *“Sueño con comunidades cristianas capaces de entregarse y de encarnarse en la Amazonía, hasta el punto de regalar a la Iglesia nuevos rostros con rasgos amazónicos”* (QA 6 y 7).

11. P. Trigo, *La cultura del barrio*, pp. 63-86 (Caracas, 2015).

12. Pablo VI, *Populorum progressio* 20-22; Medellín, Introducción, 6.

del mundo vive aparte. Pero hemos de discernirla desde la nueva época que se abre paso dificultosamente en nuestra América. Esta nueva época, la tercera después de la amerindia y de los occidentales americanos, como deriva de los peninsulares americanos, se caracteriza por el reconocimiento de su carácter multiétnico y pluricultural, en estado de justicia e interacción simbiótica¹³.

El tercer período de la segunda época se caracterizó por la aceptación de individuos de todas las etnias en el bloque de poder, por parte de las clases dominantes, si se occidentalizaban. De esa manera, la tercera época, en la cual estamos entrando, se caracteriza por el reconocimiento de la pluralidad de las culturas, en igualdad de condiciones. Anteriormente, en cambio, la cultura occidental americana y la occidental globalizada eran las dominantes, mientras que las demás eran reconocidas como culturas subordinadas, incluso recesivas, restos de épocas pasadas, que se negaban a morir, aun cuando carecen de prestancia y de posibilidad de tenerla. Más aún, así las siguen considerando. Por eso, esta época no está aún consolidada. Al contrario, es combatida frontalmente. La cultura suburbana sigue sin ser reconocida, mientras que las culturas afro-latinoamericanas y campesinas se siguen considerando, en gran medida, como puro atraso. Pese a ello, estas culturas se abren paso, poco a poco, comandadas por las etnias y las culturas indígenas. Se empieza a tener conciencia de que la región no tiene viabilidad histórica como tal, sin ese reconocimiento. Un reconocimiento tan cordial, que conduzca también al mestizaje físico y cultural.

En nuestra América, está planteado lo mismo que a nivel mundial. De hecho, el planteamiento es real, pero no reconocido por la cultura dominante. Si logramos llegar a la tercera época, podemos ayudar decisivamente a que el resto de la humanidad dé el mismo paso. Este proceso requiere necesariamente asumir los bienes culturales y civilizatorios de la hora y el compromiso de profesionales competentes.

En efecto, hemos discernido, como cristianos y como Iglesia latinoamericana, que el advenimiento de esta tercera época, radicalmente ecuménica, está impulsado por el Espíritu, y, por tanto, oponerse es contradecir a Dios. Paradójicamente, la institución eclesiástica establecida, que no se expresó en las conferencias generales del episcopado latinoamericano, ni está representada en la actualidad en no pocos obispos y sacerdotes, es una subcultura criolla, es decir, occidental americana. Por eso, si no se abre y se diversifica, incluyendo a otras personas procedentes de otras etnias y culturas —indígenas, afro-americanas, campesinas y suburbanas—, forma parte del problema y no

13. P. Trigo, "Construir una América Latina pluricultural para contribuir proactivamente a una mundialización alternativa", en P. Trigo, *Relaciones humanizadoras: un imaginario alternativo* (Santiago de Chile, 2013).

de la solución. Desgraciadamente, la identidad de esta institución eclesiástica, de hecho, ya que no puede serlo de derecho, está sacralizada¹⁴. En consecuencia, sin desmarcarse de la institución eclesiástica establecida, es imposible discernir esta nueva época desde América Latina.

En la Iglesia venezolana, esto está planteado expresamente como una determinación del Concilio Plenario de Venezuela¹⁵. “Venezuela es un país multiétnico y pluricultural” (13, 17). Enseguida, cada una de las culturas es descrita de forma somera. Luego, se plantea el siguiente desafío:

La coexistencia desigual de las culturas nacionales y el influjo de la cultura globalizada plantean a los cristianos, y a la comunidad eclesial, el desafío de trabajar por el reconocimiento efectivo de la igualdad de las culturas y el diálogo franco y sincero entre ellas, a fin de construir una comunidad nacional abierta a la integración latinoamericana y mundial, en justicia, solidaridad y paz (Concilio Plenario Venezolano, 13, 81).

Más en concreto: “Estudiar en profundidad las diferentes culturas que hay en nuestro país, superando, por medio del diálogo y la colaboración, el prejuicio de las culturas hegemónicas sobre las populares, y de las dos ante los valores ambivalentes de la cultura globalizada” (13, 101). Y agrega: “Educar en la conciencia de que la diferencia, lejos de distanciarnos, debe más bien enriquecernos como personas, como grupos y como un único país multiétnico y pluricultural, exigido de justicia, solidaridad y paz” (13, 102). En otro documento, se pide:

Reforzar la formación específica de agentes pastorales en las diversas comunidades (indígenas, afro-venezolanas, campesinas, urbanas, suburbanas, de inmigrantes) para que, desde su experiencia, su vivencia interior de oración, su formación doctrinal y su entrega misionera, vayan fraguando esta inculturación en los propios ambientes (1, 131).

-
14. Esta sacralización está tan arraigada, que hasta el papa Francisco, en contra de lo que hizo con el matrimonio en *Amoris laetitia*, que abrió la posibilidad para que los divorciados, tras el adecuado discernimiento, pudieran comulgar, no abrió la puerta a los *viri probati* indígenas, ni al diaconado de las mujeres. Prefirió conservar una institución eclesiástica disfuncional antes que consolidar las comunidades cristianas amazónicas y su congrua alimentación espiritual. Las presiones de quienes relegan el Espíritu por sacralizar la letra han logrado que, por bien de la paz, el papa deje las cosas, por ahora, de ese tamaño. Ver L. Boff, “¿Para quiénes es o no es querida la *Querida Amazonia*?”, *Boletín Amerindia* 134 (2020).
 15. Concilio Plenario de Venezuela, “Evangelización de la cultura en Venezuela” (13, 3).

2. Las novedades

¿Cuán nueva es nuestra época? ¿Cuál fue la época pasada? Lo primero que debemos discernir es qué entendemos por nueva época, es decir, cuál es su longitud de onda¹⁶. ¿Es un paso adelante de lo que en el bachillerato estudiamos como edad antigua, media, moderna y contemporánea, o, más bien, pertenecen estos períodos a una misma época? Aquí se trata de una longitud de onda muchísimo mayor¹⁷. Para nosotros, la época pasada es el neolítico¹⁸, cuando la invención de la agricultura, la ganadería, la alfarería, los ladrillos, la cantería y la metalurgia, y el desarrollo progresivo de la ciencia y la técnica dan paso a la división del trabajo, a las grandes ciudades¹⁹, a la organización social, a la educación sistemática, a las empresas, a la vida política y a la sociedad piramidal, con la consiguiente jerarquización, opresión y exclusión, el dominio de un pueblo sobre otro y los grandes imperios. De especial interés para nosotros es la caracterización de la religión por la tríada, los templos, los sacerdotes y los sacrificios, así como también su dimensión pública y de alguna manera política.

Esta época está pasando, incluido su modo de entender y vivir la religión, vigente en el judaísmo del tiempo de Jesús, el cual nada tiene que ver con su praxis y su mensaje²⁰. Otros bienes civilizatorios y culturales, completamente heterogéneos, han aparecido y comienzan a tener voz cantante. Estos bienes nuevos han abierto otro horizonte para la humanidad. La mentalidad y el

16. El Concilio Plenario de Venezuela es consciente de que no estamos en una época de cambios, sino en un cambio de época. “La realidad del país se inscribe en un marco mundial de globalización e interdependencia, que no es solo de ampliación y aceleración de los cambios, sino, sobre todo, un cambio de época, debido al alcance y a la profundidad de las transformaciones y mutaciones” (13, 36).

17. Edgardo Lander caracteriza la época que está pasando “como la crisis terminal del patrón civilizatorio moderno-colonial que ha tenido como dimensiones constitutivas su carácter antropocéntrico, patriarcal, colonial, clasista y racista. Este patrón societal de crecimiento sin fin y asalto continuado al entorno natural, con sus modalidades hegemónicas de conocimiento, de ciencia y de las tecnologías del capitalismo, está devastando en forma acelerada las condiciones de creación y reproducción de la vida en el planeta Tierra, amenazando no solo la sobrevivencia humana, sino igualmente la de una elevada proporción de la vida”. Ver *Crisis civilizatoria*, p. 10 (Alemania, 2019).

18. Lo fundamental no es el nombre, sino la caracterización.

19. “Nínive era una ciudad muy grande; tres días hacían falta para recorrerla” (Jon 3,3). La expresión es hiperbólica, pero expresa la impresión que las primeras megalópolis producían en la gente de la periferia.

20. En efecto, Jesús nunca hace ofrendas o sacrificios en el templo, ni dice que haya que hacerlo. Más aún, declara que ya ha llegado el tiempo en que no se adorará a Dios en el templo, predice su destrucción y, sobre todo, él mismo se presenta como el templo vivo.

imaginario son distintos²¹. Esto lo notamos más nosotros, los de la tercera edad, que nacimos y nos levantamos en la época anterior. Sentimos que ese era otro mundo. Por eso, no solo hemos tenido que nacer a este, sino que contribuimos a configurarlo, porque ya lo sentimos nuestro. No como una fatalidad, sino, como he insistido desde el comienzo, porque hemos echado la suerte con él. Tampoco lo aceptamos como dado e inexorable, razón por la cual discernimos lo que tiene de humano y de deshumanizador, para optimizar lo primero y transformar, o más modestamente, para contribuir a la transformación de lo segundo²².

La *novedad más visible* de la nueva época es la mundialización. El ámbito donde tiene lugar esta época es la humanidad. Todos estamos en presencia de todos. Nos enteramos de lo que acontece en el mundo en tiempo real. Y tenemos interés en conocer lo que sucede, porque nuestro ámbito ya no es nuestra ciudad, ni nuestra región, ni siquiera nuestro país y nuestra cultura, sino también los países remotos con culturas muy diversas, porque ya somos ciudadanos del mundo²³.

La globalización significa que el contacto lo establecemos con los mismos dispositivos, producidos por unos pocos, pero vendidos globalmente. Tanto

21. Esto lo tiene muy en cuenta el Concilio Plenario de Venezuela, que expresa los peligros que debemos superar y la apertura discernida que nos debe caracterizar: “La globalización agudizará la tensión entre la vigencia y profundización de lo universal y la necesidad imperiosa de referencia a lo local, cotidiano y experiencial. No hay una sola forma de ser venezolano ni de expresar culturalmente lo religioso católico. Hay una nueva manera plural de estar en el mundo que debemos intuir, desarrollar y promover” (13, 49, 56).
22. E. Lander constata que hasta ahora, en los debates de las instituciones hegemónicas, “predomina la ausencia de una disposición a cuestionar los supuestos civilizatorios y los patrones de conocimiento básicos y las relaciones de poder que han conducido a la humanidad a la presente crisis”. Se trata, por el contrario, de qué hay que generar “para que la concentración del poder y las profundas desigualdades que caracterizan al sistema mundo capitalista colonial moderno, no solo no se cuestionen, sino que se consoliden y profundicen” (*Crisis civilizatoria*, o. c.).
23. Hacia este cosmopolitismo se comenzó a caminar en la época pasada. Desde los estoicos hasta Kant, se pensó en la universalización de su propia cultura hegemónica, tenida como universal, por ser la única válida y, para ellos, la única verdaderamente humana y, además, dominante. Ver I. Kant, *Principios metafísicos del derecho*, pp. 194-200 (Buenos Aires, 2004); “Cosmopolitismo”, en N. Bobbio *et al.*, *Diccionario de política*, pp. 379-388 (México D. F., 2007); A. Cortina, *Ciudadanos del mundo* (Madrid, 1997); D. Heater, *Ciudadanía*, pp. 193-205, 254-265 (Madrid, 2007); y U. Beck y E. Beck-Gernsheim, *Generación global* (Barcelona, 2008). T. Todorov, en *El miedo a los bárbaros*, pp. 262-267 (Barcelona, 2014), lo aplica a la Unión Europea y señala lo conseguido y lo que aún falta.

la producción como la comercialización, el mercado —la producción y el consumo—, están globalizados. Si bien las fronteras nacionales subsisten, el tránsito a través de ellas es cada vez más fluido, más voluminoso y más estructural. Sin embargo, el tránsito físico es asimétrico. Los grandes gerentes y financieros, los técnicos de punta y los turistas, así como las mercancías, encuentran abiertas todas las puertas. Pero estas están cerradas para el pueblo del tercer mundo, la inmensa mayoría de la humanidad.

La presencia virtual, en cambio, está abierta a todos. En gran medida, el primer mundo se ofrece como espectáculo al tercer mundo, para que viva viendo, ya que no puede vivir consumiendo. La presencia real está restringida: es unidireccional. De ahí que aquellos que pasan del tercer mundo al primero frecuentemente lo hagan al margen de la ley. Sin embargo, en el fondo, son tolerados, porque hay oficios que los propios ciudadanos se niegan a desempeñar. Son trabajos reservados a los inmigrantes, cuya mayoría no es reconocida legalmente ni goza de derechos.

En esta época, lo que acontece en un país repercute cada vez más intensamente en los demás. Pero repercute más lo que ocurre en el primer mundo. Gran parte de lo que sucede en el tercero queda confinado en su territorio, excepto las luchas entre las potencias por las zonas de influencia. Esas luchas siempre se dan a costa del país donde tienen lugar, el cual casi siempre queda en ruinas, si no arrasado, tal como sucede en la actualidad en Siria o como ya ocurrió en Irak y en Afganistán.

La autopista de la información está convirtiendo al mundo actual en una aldea global (McLuhan), con grandes suburbios. Por eso, una fiebre infecciosa como la covid-19 se convierte vertiginosamente en pandemia. La interconexión es tal, que las enfermedades se propagan como las mercancías. No está tan claro que la propagación del contagio sea igual si se origina en el centro de Asia o de África central. La difusión de la covid-19 muestra que la interconexión se da en el nivel humano y del centro a la periferia. En consecuencia, los remedios intentan globalizarse también, porque a todos, en particular, a quienes comandan la dirección dominante de esta figura histórica, les conviene que los mercados y las inversiones se normalicen. No les interesan directamente las personas, sino estas en cuanto que productoras y consumidoras.

Así, pues, la novedad más obvia de esta época no es simplemente la mundialización, sino la globalización del occidente desarrollado, que ha penetrado hasta el último rincón del planeta y lo ha configurado en función de sus intereses, mientras margina lo que no es de su interés. Esta expansión se caracteriza por combinar el avasallamiento y la fascinación. Económica, política y militarmente, la irrupción occidental implica grandes dosis de violencia, tantas que el

dominio bien puede ser caracterizado como despótico, pero la cultura de masas ha logrado internalizar a occidente en los otros pueblos y culturas, logrando así una especie de hegemonía.

Desde otra perspectiva, podemos hablar del peso específico de occidente, que se impone en virtud de su dinamismo, es decir, por su poder de irradiación. La mundialización es el triunfo total de su sistema, que no tiene rivales. Ahora bien, la mundialización del mercado —financiero, comercial y de los medios de comunicación de masas— puede ser caracterizada con toda propiedad, aun cuando no está de moda decirlo, como la última fase del imperialismo, la cual consiste en su internalización por parte de todos los países. Es necesario explicitar este punto de vista, para evitar que *la mundialización encubra el hecho determinante de que lo mundial es el ámbito de esta figura histórica, pero no el sujeto, que sigue siendo occidente y los países asiáticos occidentalizados*.

No es exacto, pues, afirmar que la novedad histórica de esta época consiste en haber llegado a la historia universal. Eso piensa el occidente desarrollado, desde su etnocentrismo. Pero esa es, justamente, la contradicción de esta figura histórica de la transición. El haber llegado a todos y a todo, pero los mismos, es decir, los triunfadores²⁴, quienes han establecido unas reglas de juego que perpetúan su dominio, mientras excluyen a los demás, nada menos que las dos terceras partes de la humanidad.

La *novedad generalizada* de esta figura histórica es que el espacio ya no está en función del tiempo, debido a la existencia de la simultaneidad virtual. La manifestación más común de este hecho es el espectáculo unidireccional. La política, el deporte, la guerra, la vida “íntima” de los famosos y, por supuesto, el canto y el baile tradicionales son ofrecidos al consumo masivo como espectáculo. Los grandes actúan, mientras los pequeños los ven y los aplauden o los vituperan. Hablan de ellos, los incluyen en sus vidas y, en cierto modo, giran a su alrededor.

Quienes se encuentran dentro de esta figura histórica, es decir, quienes están arriba, viven la simultaneidad como interlocución, tanto para desarrollar proyectos conjuntos de investigación como para tomar decisiones económicas o políticas con todos los datos a la mano, incluso mancomunadamente. Más aún, la simultaneidad hace que su horizonte vital sea toda la tierra, bien sea para invertir, bien sea para sus vacaciones, bien sea para

24. Esa expansión en gran escala comenzó en los extremos de occidente: en el suroeste, con Portugal, que bordeó África y llegó hasta India, y, posteriormente, a Brasil, y con Castilla, que colonizó la América hispanohablante y Filipinas, y en el este, con Rusia, que avanzó hacia el noreste, hasta el océano Pacífico.

adquirir objetos o consumir, bien sea para vivir, que ya no es radicarse en un sitio determinado, sino pasar temporadas más o menos largas en sitios diversos. La referencia no es una comunidad, ni siquiera una nación, sino la comunidad virtual en la que viven y se propagan por el planeta, aunque, paradójicamente, su prototipo de vida es bastante uniforme.

La *novedad más apasionante* es ver la tierra desde fuera. El horizonte imaginario impulsa a salir de ella para llegar a otros planetas. Es la apertura al espacio intergaláctico. Así, desde la sensación de habitar en un disco plano, que flotaba sobre las aguas, a la comprobación de la forma esférica de la tierra y a circunnavegarla, lo que equivalía a tomarle la medida, y luego, casi ayer, al vuelo a vista de pájaro de los aviones, hemos pasado a ver la tierra desde fuera, de la misma manera en que mirábamos a los otros planetas. Quien puede ver la silueta de la tierra no pertenece a ella del mismo modo que quien vive pegado a su suelo. Por un lado, aparece un horizonte de distancia, sentido como diferencia y autonomía. Por otro, se experimenta una especie de ternura, sentida como belleza, incluso esplendorosa, aunque frágil, en medio del cosmos inabarcable.

Muy pocos han orbitado la tierra y han experimentado esas sensaciones y emociones. Virtualmente, miles de millones han visto lo que ellos veían y, desde la intimidad de sus hogares, han podido tener una experiencia parecida. Esas imágenes, proyectadas en múltiples ocasiones, generan un imaginario absolutamente nuevo respecto a las generaciones anteriores. La ciencia ficción, con su enorme capacidad de simulación, prosigue imaginativamente la exploración del espacio y de la vida social y sus posibles conflictos.

La *novedad más entrañable* es la tierra como sujeto, el cual incluye a la humanidad. La tierra es percibida como conjunto de sistemas autorregulados, es decir, como verdadero sujeto. Un ser viviente que engendra y nutre seres vivientes, incluida la humanidad. Así como intuyeron los antiguos, la tierra se nos presenta en la actualidad como un animal formidable, lleno de energía y perfección, pero muy sensible y vulnerable.

Es sorprendente y, en cierto modo, también paradójico que, tras el desencantamiento de la tierra, reducida por la mente humana a una cosa extensa, contrapuesta al ser humano, concebido como cosa pensante (*res cogitans* y *res extensa*, refirió R. Descartes), es decir, degradada a objeto del sujeto, sin dignidad y a merced de la voluntad de poder y las apetencias humanas, se ha pasado, casi de golpe, a la recuperación de la comunidad de la humanidad con la tierra. Más aún, a ser conscientes de la pertenencia de la humanidad al sistema tierra, incluso a Gaia, a la tierra como sujeto.

La renovada sacralización de la tierra, una especie de animismo de nuevo cuño, puede ser considerada como una moda, una manera liviana de sentirse religado, de recuperar el sentido de pertenencia y de comulgar con el misterio de la vida, incluso de vivir desde la clave estética. Esta veneración, que para algunos tiene ribetes de adoración, relativiza en gran medida el empeño productivo y relega la lucha competitiva. Simultáneamente, desdramatiza el empeño prometeico de resolver los problemas sociales y reduce la presión de la exigencia ética.

No podemos pasar por alto que para otros, esto significa un modo más profundo de acceder a la realidad y de hacerse cargo de ella. La acelerada destrucción de las especie vivas, la tala salvaje de los bosques y el envenenamiento del aire y del agua son hechos sistemáticos, derivados del paradigma moderno que todo lo convierte en objeto. La mancomunidad de la tierra y la humanidad no es recaer en la mitología, sino una realidad violentada, que debe ser restaurada con sinceridad y urgencia. Asimismo, representa una mejor comprensión científica y un desborde de sus métodos y su perspectiva.

No obstante, la *novedad más radical* está relacionada con la genética. El desciframiento del código genético permite producir seres vivos, incluso seres humanos. El descubrimiento es tan básico, que aún no somos capaces de vislumbrar sus consecuencias. En la actualidad, estamos dotados de capacidad para producir artificialmente seres vivos, para perfeccionarlos o para degradarlos. A pesar de ello, la vida no deja de ser un misterio, pero de modo distinto. En concreto, modifica la relación con el misterio, el cual puede ser respetado o profanado de un modo mucho más íntimo que en el pasado.

De momento, ya es posible prever una naturaleza no producida por el humus de la tierra, sino literalmente fabricada. Esto no solo cambia la economía, sino también el modo de vida, incluso la identidad social de muchos millones de seres humanos. Al principio, cambia el modo de producción, pero es obvio que, iniciado el camino, se puede llegar a unos productos totalmente inéditos.

A pesar de lo que esto significa, no es lo más importante. La cuestión determinante es qué haremos los seres humanos con nosotros mismos. En las épocas pasadas, esta pregunta, en el sentido preciso en que está planteada, no era concebible ni comprensible. El punto es si nos decantamos por la vertiente positiva de la ingeniería genética, que solo busca corregir desperfectos y optimizar lo existente, o por la construcción de monstruos. Dicho más neutralmente, por seres que, a partir de lo que conocemos como seres humanos, no existen en la actualidad. La posibilidad es real y es casi seguro que ya se está realizando.

Paradójica y contradictoriamente, el modo de producción de esta novedad tan decisiva y trascendente, es privado. Así, una decisión que incumbe a la humanidad, cobra realidad en los laboratorios de empresas privadas. Incluso se pretende que tales creaciones sean propiedad privada. De esa forma, la suerte de la humanidad —su salud, su vida y su perfeccionamiento— estarían en función de los intereses particulares de muy pocas personas.

La *novedad más peligrosa* de la figura histórica actual es la concentración del saber, del dinero y del poder en poquísimas manos. En efecto, el saber, la riqueza y el poder se concentran en pocos países y, en ellos, en muy pocas personas. De hecho, el sujeto de esta figura histórica está constituido por las compañías transnacionales y los grandes inversionistas, que han logrado mediatizar casi por completo a las instancias políticas. Lo público ha quedado reducido a la mínima expresión, mientras que las decisiones importantes se toman de manera privada.

El sometimiento de lo público a lo privado ha despojado de contenido a la democracia, la cual, en consecuencia, no está a la altura de lo que se diseña y decide en esta figura histórica. De ahí la irresponsabilidad y la irracionalidad que la caracterizan. Si la tierra constituye un único sistema al cual todos pertenecemos y si la suerte de la humanidad está vinculada a la del planeta, se requiere un ente mundial, que dicte políticas acordes con esta realidad. Los estados y los grandes grupos económicos tendrían que ajustar sus planes a esas políticas. Ese ente debe representar realmente a la humanidad en su conjunto y debe hacerse cargo de las exigencias de la vida en el planeta.

La opinión pública no mediatizada, informada y responsable es indispensable para que ese ente mundial cumpla a cabalidad con su cometido. La participación independiente de científicos y técnicos resulta imprescindible. Asimismo, la multitud de organizaciones de interés social debe terciar en la discusión, haciendo valer sus observaciones y propuestas. Esto solo es posible si existe una masa crítica de personas con la libertad liberada, no adictas al consumo, que vivan desde lo más genuino de sí mismas, en relaciones simbióticas y abiertas. La ejecución exitosa de estas políticas requiere unos estados que representen a sus pueblos y asuman la construcción de su futuro.

Si hemos comprobado científica y vitalmente la repercusión mundial del gasto irresponsable de energía y de recursos elementales por parte de unos pocos; si los cambios climáticos tan bruscos, incluso catastróficos, han puesto al descubierto que el equilibrio del planeta está siendo vulnerado seriamente y que la tierra como tal está enferma, y que, por tanto, es necesario y urgente emprender acciones conjuntas de largo plazo, ¡cuánto más necesario será decidir entre todos la suerte de la vida, que la ingeniería genética ha puesto en manos

del género humano! ¿No es el colmo de la insensatez que estas decisiones sean asunto privado, incluso propiedad privada?

3. Los actores

La transición que estamos viviendo en esta época se caracteriza por la desproporción entre el poder de las corporaciones globalizadas y los grandes inversionistas, que operan a nivel mundial, y los estados, limitados al territorio comprendido dentro de sus fronteras²⁵. La desproporción es mayor respecto a los ciudadanos, que empiezan a no tener voz ni voto en su propio país, y las personas, que, pese a su carácter absoluto, están fuera de foco. No obstante, la mundialización las ha sacado a la luz, desde otra perspectiva.

Las corporaciones globalizadas llevan la voz cantante en el comienzo de esta nueva época, porque, en gran medida, ellas han causado la globalización tal como la conocemos. Todos estamos en presencia de todos, a través de los mismos dispositivos de unas cuantas marcas presentes en todo el mundo. En gran medida, estas no solo producen el mundo de la informática, sino también y más en general, el de las mercancías. La publicidad envuelve las mercancías con un halo vital omnipresente, que no solo facilita su aceptación insensible, sino que configura a las personas. Además, las corporaciones controlan, directa e indirectamente, el mercado de trabajo del cual depende gran parte de la humanidad para seguir con vida.

Insisten en que la economía es una esfera que posee sus propias reglas, las cuales deben ser respetadas. De lo contrario, las interferencias externas entorpecen su funcionamiento y estropean este motor del mundo, echando todo a perder²⁶.

Es claro que conviene distinguir entre el funcionamiento expedito de una empresa, que tiene sus reglas, y las ganancias de los grandes inversionistas. Las reglas admiten variables considerables y constantes que hay que respetar y optimizar. Dicho de otra manera, hay que distinguir entre la productividad, la cual debe ser incentivada siempre, y la rentabilidad, que no puede ser ilimitada, ni de ningún modo ser absolutizada. La empresa puede operar muy bien con grandes

25. L. Ferry apunta también este desnivel. Ver *La revolución transhumanista*, pp. 157-158, 180-187 (Madrid, 2017).

26. N. Luhmann, teórico de la comprensión compartimentalizada de la realidad (los sistemas autopoieticos), abstraída de los sujetos humanos (su entorno), concluye que “la teoría de los sistemas autopoieticos (que se-diferencian-a-sí-sismos) es una teoría radicalmente individualista”. Ver *Complejidad y modernidad*, pp. 221-226 (Madrid, 1998).

ganancias para los inversionistas o sin ellos, cuando los gerentes y los trabajadores estables y cualificados son también los propietarios. De esta manera, el capital está vinculado a la empresa.

No es cierto, por tanto, que el circuito económico, tal como funciona hoy, sea intocable. Más bien, habría que decir lo contrario. El apetito insaciable de los inversionistas está llevando a que las grandes empresas desinviertan en investigación, lo cual las deteriora estructuralmente. De hecho, en la actualidad, el interés de los inversionistas es, en buena medida, contrario al de las empresas.

Ahora bien, el interés de estas es contrario al desenvolvimiento de la economía y al bienestar de la ciudadanía. Cabe destacar aquí dos aspectos. El primero es la propiedad intelectual. El avance espectacular de la industria textil de Inglaterra en el siglo XIX, Marx lo atribuye, en *El capital*, a la inexistencia de la propiedad intelectual, lo cual hacía imperiosa la innovación permanente, si se deseaban más ganancias. De ahí que Marx concluya que la burguesía es la clase más revolucionaria, hasta la llegada del proletariado. La apropiación injusta, más aún, irracional, de la llamada propiedad intelectual, se vuelve verdaderamente criminal en el caso de la industria farmacéutica y la patente de los medicamentos eficaces y baratos. El precio exorbitante imposibilita adquirirlo u obliga a hipotecar la economía familiar. A veces, la industria no lo produce e impide a otros producirlo. El monopolio temporal para compensar los gastos de la investigación y premiar el hallazgo es comprensible. Pero no se justifica de ninguna manera. Simplemente, es un abuso de poder, a costa de la creatividad y del desarrollo económico y de la vida de la gente.

Otro caso muy estudiado es el monopolio o el cartel de la producción y la comercialización. Suprimida la competencia, el precio es más elevado y no se innova, porque el mercado está asegurado. En el fondo, es el mismo problema de los medicamentos y las patentes. Así, pues, el tan ponderado mercado libre es inexistente.

Estas prácticas están generalizadas, a pesar de atentar contra la productividad y, sobre todo, contra la ciudadanía, y, más elementalmente, contra la vida humana. El resultado es el flujo de materias primas de la periferia al centro y el flujo de mercancías del centro a la periferia, y con ello, una creciente desigualdad²⁷.

¿Qué relación existe entre estos actores dominantes y la ciudadanía y los seres humanos? Las empresas requieren personal con competencias muy desa-

27. E. Lander, en *Crisis civilizatoria*, o. c., pp. 43-45, analiza la creciente desigualdad y aporta numerosos datos.

rolladas y en capacitación constante. Aunque tienen sus propios centros de capacitación e investigación, delegan buena parte de esa formación al Estado y, más en general, a la educación universitaria y técnica.

El mercado solo reconoce la existencia de consumidores, quienes, para consumir, han de vender algo en el mercado, mercancías o su trabajo. La publicidad se esfuerza para que estos individuos se vuelvan adictos al consumo y a las mercancías. Los infantiliza para que vivan compulsivamente, para que elijan lo que les propone y para que crean que eligen con libertad. El menú es muy abundante y contiene ofertas para todos los gustos. Además de vender diversos productos, la publicidad promueve un mundo de mercancías y, en función de ellas, un determinado tipo de individuo.

El contrasentido de nuestra época consiste en que la humanidad comienza a tomar posesión de la tierra desde su pertenencia a ella y experimenta su unidad plural y su interdependencia, en un ambiente de individualismo caótico. Las decisiones importantes no las adoptan unas entidades públicas representativas, sino un reducido grupo de grandes compañías transnacionales, aparentemente en competencia. En realidad, se reparten las zonas de influencia, establecen sinergias y fusiones, e incluso están vinculadas accionariamente entre sí. Los gobiernos y los organismos multilaterales no solo están mediatizados por estas empresas transnacionales, sino que están al servicio de sus intereses. El resultado es una humanidad dividida y perturbada profundamente. Este modo de producción, comandado por las empresas transnacionales sin contrapeso alguno, globaliza los capitales, los bienes, el consumo y los medios de comunicación de masas, mediatiza, somete, empobrece y excluye a la mayoría de la humanidad.

No solo hemos roto el equilibrio de la tierra, también, incluso en mayor medida, el de la humanidad. Y eso que la respectividad real de la humanidad es mucho más profunda que la relación de la humanidad con la tierra. Si esta es un ser vivo, mucho más lo es la humanidad. Desconocer este hecho es desconocer a nosotros mismos, individual y socialmente. Negar la relación con los otros o la relación negativa con ellos no solo les quita vida, sino que despersonaliza y deshumaniza a quienes viven de esa manera.

La dimensión mundial del acontecer hace que todos veamos lo mismo y que comprendamos que, independientemente de la cultura de los actores, algunas acciones humanizan, mientras que otras deshumanizan; algunas acciones nos emocionan y las aplaudimos, mientras que otras nos dan rabia y las repudiamos. Esto significa que existe una medida intercultural y transcultural sobre lo que es humano y lo que es inhumano. En gran parte, es una medida independiente de los medios de difusión y ajena a los valores que promueven. Por eso, aprobamos cordialmente algunas de las acciones de los líderes, sean de la nación que

sean, mientras que otras nos chocan, nos repugnan y nos provocan un rechazo visceral, aun cuando aquellos tengan mucho poder, más todavía si es ese el caso. Estas acciones nos parecen injustas y perjudiciales. En las primeras, nos sentimos representados, pero no en las otras.

Así, pues, en esta época, además de los estereotipos inculcados por los medios de comunicación de masas sobre lo que debemos cultivar, consumir y aprobar y, en consecuencia, sobre la figura humana que hemos de adoptar, existe una valoración intuitiva sobre lo auténticamente humano e inhumano. Esta valoración cobra realidad cuando observamos el acontecer mundial como sujetos concernidos, no como simples espectadores.

Es dramático, sin embargo, que esta valoración intuitiva sobre lo humano y lo inhumano, arraigada en la conciencia, razón por la cual hemos de distinguirla, tal como hace el concilio Vaticano II (“Dignidad de la conciencia moral”, GS 16), del superego freudiano, no sea tematizada ni promovida por la educación, los medios de comunicación de masas, los líderes, excepto el papa Francisco, y la familia. En realidad, la educación desarrolla las cualidades requeridas por el mercado, lo cual permite escalar posiciones. La publicidad, por su lado, nos infantiliza para volvernos adictos a las mercancías y pone ante los ojos a los triunfadores para que sigamos sus pasos. Es tremendo que la globalización de las mercancías y la entronización del mercado primen sobre la mundialización de nuestra condición de personas. ¿Quién promueve a las personas si no ellas mismas? Las instituciones y las estructuras actuales no están al servicio de ellas, sino que pretenden instrumentalizarlas.

Solo si estamos decididos a ser personas con una individualidad lo más desarrollada posible, conscientes de nuestra responsabilidad como sujetos de esta historia y decididas a vivir humanamente con libertad liberada, en relaciones de entrega horizontales y abiertas, podremos lograr que las novedades científicas y técnicas de esta época no estén al servicio de las corporaciones globalizadas y los grandes inversionistas, sino del proceso de humanización, que no excluye a nadie. De esta manera, podremos conseguir también que estas corporaciones se pongan al servicio de este proceso.

Zygmunt Bauman, en el prólogo a *La individualización. El individualismo institucionalizado y sus consecuencias sociales y políticas*, de Ulrich Beck (Madrid, 2003), afirma: “La capacidad de afirmación personal de las mujeres y los hombres individualizados no alcanza, por regla general, a lo que exigiría una auténtica autoconstitución”. “¿Se puede decir entonces que, al igual que en el pasado, el problema se va a remediar marchando al mismo paso y codo con codo?”. “El otro lado de la individualización parece ser la corrosión y lenta desintegración de la ciudadanía”. “Lo ‘público’ está colonizado por lo ‘privado’;

el ‘interés público’ se ha reducido a la curiosidad por las vidas privadas”. La dificultad ambiental es innegable, pero no podemos rechazar la evidencia de muchos que sí llegan a una auténtica autoconstitución. Obviamente, nunca concluida, porque el modo humano de ser es siendo. Esas personas juntan el cultivo de lo más genuino de ellas mismas con las relaciones personalizadas, que dan paso a la conformación de comunidades y cuerpos sociales. Así, pues, tomamos nota de la dificultad de la época, pero también de que es posible superarla. El cristianismo vivido desde el seguimiento de Jesús de Nazaret es una palanca eficaz para ello. Más aún, desde él, es una tarea impostergradable.

También Pierre Bourdieu²⁸ reconoce que “los dominados están siempre mucho más resignados de lo que la mística populista cree”. “Sin embargo, los agentes siempre consiguen oponer a la degradación impuesta por unas condiciones degradantes unas defensas individuales y colectivas, puntuales o duraderas”. Se refiere, sobre todo, “al empecinamiento obstinado”²⁹. Es lo que yo mismo, referido a los habitantes de los barrios, denomino “conato agónico por la vida digna”, que es, me parece, la fuente de la cultura suburbana³⁰.

Paul Ricœur, en *Caminos del reconocimiento* (Madrid, 2005), traza el camino desde el autorreconocimiento al reconocimiento del otro. El autorreconocimiento consiste en el “reconocimiento del hombre actuante y sufriente de que es un hombre capaz de ciertas realizaciones”, y hacerse cargo de ellas³¹. Son acciones, dice Ricœur, citando a Aristóteles, “cuyo principio está en el interior del sujeto y también está en su mano el hacerla o no”³², es decir, actúa consciente de su capacidad y su libertad. En consecuencia, asume la responsabilidad de sus actos. Es reconocimiento del otro porque, “en el plano moral, es del otro hombre, el prójimo, del que es considerado responsable”³³. De esta manera, Ricœur supera a Kant. El ser humano responsable cuenta con la memoria y la promesa para llevar a cabo esta acción³⁴, cuyo resultado es la fidelidad³⁵.

Ahora bien, ¿qué sucede con ese prójimo necesitado del que me siento responsable? “El reto es una nueva definición de la justicia social centrada en la idea de ‘derechos a ciertas capacidades’”. Esta idea, central en Amartya Sen, es, para Ricœur, lo más decisivo: “En último análisis es el binomio ‘derechos’

28. P. Bourdieu, *Meditaciones pascalianas*, p. 306 (Barcelona, 1999).

29. *Ibid.*, p. 309.

30. P. Trigo, *La cultura del barrio*, o. c., pp. 77-81.

31. P. Ricœur, *Caminos del reconocimiento*, p. 84 (Madrid, 2005).

32. *Ibid.*, pp. 95-96.

33. *Ibid.*, p. 118.

34. *Ibid.*, pp. 19-141.

35. *Ibid.*, p. 137.

y ‘capacidades’, resumido en el binomio de ‘derechos a capacidades’, el que más importa a nuestra investigación”³⁶. Coincido con Ricœur en que este es el camino, nunca concluido, de humanización y en que este camino ya está en marcha. Existe una política capaz de impulsarlo sin sacrificar nada valioso. Pero solo aquellas personas que desarrollen al máximo sus capacidades y su responsabilidad son capaces de promover y apoyar eficazmente esta política.

Mientras los estados nacionales no se pongan de acuerdo, mejor aún, mientras no constituyan bloques regionales por afinidades culturales, que se alien simbióticamente entre sí, la ventaja será de las corporaciones y los financistas, porque operan e imponen su ley globalmente. Los bloques regionales, por su lado, deben funcionar como democracias reales, esto es, las autoridades han de ser responsables ante la ciudadanía e incluso ante tribunales independientes. Las corporaciones y los financistas coaccionan a los estados para que reduzcan la regulación y los impuestos al mínimo. Si no se pliegan a sus exigencias, abandonan el país y se trasladan a otro, donde no haya regulaciones exigentes y el costo de producción sea más bajo. A veces, como en el caso de Trump, el chantaje no es necesario, porque los empresarios gobiernan descaradamente. Gobierna la plutocracia³⁷. Por eso, el papa Francisco insiste en que vivimos bajo el totalitarismo del mercado, el cual, a través de la publicidad, pretende equiparar el mercado y el mundo y convertirnos en consumidores adictos.

El sistema desconoce las relaciones que personalizan y pretende que nos relacionemos con quien quiere, para lo que quiere y mientras quiera. En algunos países, existen resquicios de democracia, pero en ningún caso una democracia real. Los países desarrollados observan más o menos los derechos de la ciudadanía, pero no los derechos humanos con sus correspondientes deberes.

La devastación de la naturaleza, la contaminación del aire y de las aguas, y la montaña de desechos contaminantes han destruido el equilibrio ecológico y han puesto en peligro la vida³⁸. Sin embargo, la mayoría de empresas y estados se niegan a adoptar medidas eficaces para impedirlo³⁹.

36. *Ibid.*, p. 153.

37. Papa Francisco, *Laudato si'* y *Querida Amazonía*; y E. Lander, *Crisis civilizatoria*, o. c., pp. 46-57.

38. Un análisis muy pormenorizado, claro y documentado, en E. Lander, *Crisis civilizatoria*, o. c., pp. 15-28.

39. Esto ha sido confirmado en la última reunión sobre el clima, tenida en España, en diciembre de 2019. M. Castells coloca a los ecologistas entre los nuevos movimientos sociales. El movimiento ecologista es el ejemplo más claro de comunidad basada en la identidad de resistencia, transformada en identidad de proyecto. Ver M. Castells, *La era de la información. El poder de la identidad*, vol. 2, pp. 153-158 (Madrid, 1998). Contradictoriamente, en nuestra América, los gobiernos que se

Las corporaciones y los financistas predominan porque, tal como reconoció Marx, la política es una superestructura⁴⁰. Ocupar la silla presidencial no es “tomar el poder”, es decir, tener el poder en las manos. El poder ejecutivo siempre es dependiente, ya sea que represente realmente a la ciudadanía, se apoye en ella y en las organizaciones sociales de base, horizontales y abiertas, ya sea que los dirigentes del circuito económico lo mediaticen. De suyo, esto último es lo más frecuente. Prevalece si no existe una ciudadanía densa y con libertad liberada, relaciones horizontales y abiertas de entrega de sí gratuita, en un horizonte de reciprocidad de dones, que dé lugar a comunidades y organizaciones sociales no corporativizadas. Solo una masa crítica ciudadana de este tipo puede tomar en sus manos el diálogo y la deliberación con los políticos para codirigir conjuntamente la política y el Estado⁴¹.

Se comprende entonces que este tipo de ciudadanía, en definitiva, de seres humanos, no sea promovida por el Estado actual, ni por los medios de comunicación de masas. Si las personas, las comunidades y las organizaciones de base no se apropian de ese tipo de ciudadanía y no lo ponen en práctica, en relaciones personalizadoras, tendrá más peso el proyecto del circuito económico, que combina la seducción, la infantilización y la imposición brutal del salario y la ausencia de políticas sociales⁴².

El problema de la izquierda latinoamericana, según Edgardo Lander, ha sido el

patrón Estado-céntrico de organización de la sociedad. La recuperación del Estado después de décadas de desmontaje neoliberal a favor del mercado, ha devenido en el fortalecimiento de un Estado desde el cual una dirección política vanguardista y/o tecnocrática, nuevas versiones del caudillismo histórico

han presentado como alternativos —Venezuela, Ecuador y Bolivia— han enfatizado la actividad extractiva. Ver E. Lander, *Crisis civilizatoria*, o. c., pp. 70-99.

40. K. Marx y F. Engels, “Prólogo de la *Contribución a la crítica de la economía política*”, en *Obras escogidas*, pp. 517-519 (Moscú, 1973).

41. J. Habermas, *Teoría y praxis*, p. 334 (Madrid, 1997), concluye, como alternativa al paradigma tecnocrático, erigido canalizador de la política y la vida de los ciudadanos, que “La irracionalidad del dominio, que se ha convertido hoy en un peligro mortal a nivel colectivo, solo podría ser detenida por una conformación política de la voluntad, vinculada al principio de la discusión general y libre de coacción”.

42. En cambio, M. Lacroix, en *El humanicidio: ensayo de una moral planetaria*, pp. 79-91 (Salamanca, 1995), sostiene que aunque los ciudadanos tienen que ser objeto una inducción prolongada, por parte de quienes propugnan la moral planetaria, son ellos los que, en definitiva, tienen que comandar la política, como propugnaba Platón para su república con los filósofos. El problema de los políticos actuales es el cortoplacismo, solo piensan en las siguientes elecciones, y el desconocimiento de su dependencia de las grandes corporaciones.

latinoamericano o el líder insustituible, imponen su voluntad al conjunto de la sociedad a partir de la mirada de la sociedad desde el Estado, y de la identificación del Estado con el interés general de la sociedad. De esta manera, se han bloqueado tanto las posibilidades de avanzar en la dirección de la creación de ámbitos de autonomía y de experimentación social, sin los cuales no es posible el Estado plurinacional ni la construcción colectiva de una sociedad alternativa. Se han bloqueado igualmente las posibilidades de despliegue de las modalidades de democracia participativa y comunitaria contempladas en los textos constitucionales⁴³.

Ver a la sociedad desde el Estado y pretender que este representa el interés general de la sociedad ha sido la miseria de intentos muy bien intencionados, como los de Evo Morales en Bolivia, Rafael Correa en Ecuador y Hugo Chávez en Venezuela. Así se explica que, paradójicamente, hayan entregado el suelo de sus respectivos países a la explotación más irracional y depredadora de los imperialismos alternativos y de las corporaciones mineras y petroleras globalizadas. Más allá de los discursos, esto define sus políticas⁴⁴.

Frente al patrón Estado-céntrico, que se propone transformar la sociedad desde la toma del poder y desde él mismo, Lander propone

privilegiar las transformaciones culturales y la construcción de contra-hegemonías, como condiciones de la posibilidad misma de una sociedad post-capitalista. Las transformaciones sociales dejan de ser concebidas como proyectos a futuro, después de la toma del poder, para imaginar y practicar cambios y prefiguraciones de otra sociedad en el aquí y el ahora⁴⁵.

Desde la preeminencia de los sujetos responsables y las organizaciones de base, tiene sentido la expectativa del papa Francisco.

Espero que los gobiernos comprendan que los paradigmas tecnocráticos (sean estado-céntricos, sean mercado-céntricos) no son suficientes para abordar esta crisis ni los otros grandes problemas de la humanidad. Ahora más que nunca, son las personas, las comunidades, los pueblos quienes deben estar en el centro, unidos para curar, cuidar, compartir⁴⁶.

43. E. Lander, *Crisis civilizatoria*, o. c., p. 99.

44. *Ibid.*, pp. 100-104. En este punto, habría que exculpar a Chávez, quien sostuvo que mientras no se inventen métodos menos invasivos, no se podrían tocar las ingentes reservas minerales de Guyana. Por tanto, la responsabilidad es de Maduro.

45. *Ibid.*, p. 111.

46. Papa Francisco, "A los hermanos y hermanas de los movimientos y organizaciones populares", 12 de abril de 2020.

Las corporaciones y los financistas actuales dominan de una forma tan depredadora, que no solo excluyen sin piedad a una creciente cantidad de seres humanos, sobre todo, jóvenes y ancianos⁴⁷, sino que también acaban con la vida de las generaciones que se levantan. Más aún, dentro de una década, será mucho más difícil vivir que ahora, por la escasez y la privatización del agua potable, por las inundaciones y los incendios, por la saturación de desechos y por la contaminación atmosférica. Las multinacionales y los inversionistas tienen en sus manos a unos gobiernos que no aspiran a ser democráticos, ni asumen la responsabilidad de una ciudadanía a la que dicen representar.

Menos mal que jóvenes de todo el mundo, sobre todo, de los países desarrollados, que operan como verdaderos ciudadanos del mundo, y muchas organizaciones sociales piden cambiar el rumbo para no hipotecar la vida de los que vendrán. Más aún, piden vivir de manera humana, no entregados al consumo, que nos confina en la condición de individuos y nos aparta de la tarea de construirnos como personas. Las relaciones de entrega de nosotros mismos horizontales, gratuitas y abiertas dan lugar a comunidades personalizadas y a cuerpos sociales, empeñados en la realización de los diversos aspectos del bien común.

Según R. Castel, “el movimiento de individualización es sin duda irreversible”.

La contradicción que atraviesa el proceso actual de individualización es profunda. Amenaza a la sociedad con una fragmentación que la haría ingobernable, o bien con una polarización entre quienes pueden asociar el individualismo y la independencia porque su posición social está asegurada, por un lado, y por el otro quienes llevan su individualidad como una cruz, porque ella significa falta de vínculos y ausencia de protecciones⁴⁸.

Por otra parte, “las coacciones implacables de la economía ejercen una presión centrífuga creciente”. En estas condiciones, “el poder público es la única instancia capaz de construir puentes entre los dos polos del individualismo e imponer un mínimo de cohesión a la sociedad”. El Estado social tiene “la responsabilidad de cumplir con su mandato de garante de la pertenencia de todos a una misma sociedad”. Si la economía ejerce una presión centrífuga y el proceso de individualización es imparable, ¿de dónde saldrán los que lleven las riendas del Estado hacia la cohesión social? ¿Es que el Estado es una enteleguía que produce ese tipo de personas, negadas por el proceso de individualización

47. Esta exclusión sistemática, calificada por el papa como un crimen, es una de sus denuncias más reiteradas.

48. R. Castel, *La metamorfosis de la cuestión social: una crónica del salariado*, pp. 477-478 (Buenos Aires, 1995).

de la ciudadanía y por la dirección de la economía? En estas condiciones, ¿qué puede significar la pertenencia de todos a una misma sociedad? ¿No habría que proclamar con Touraine el fin de la sociedad y por tanto del Estado y, consecuentemente, el dominio absoluto de las corporaciones globalizadas y los grandes inversionistas?

Si no existen puentes entre los individuos, si no se pueden construir o no son lo suficientemente robustos para dar a luz comunidades y cuerpos sociales consistentes, y si, previamente, la individualidad no posee la solidez indispensable, tanto por su suficiencia económica como por su densidad humana, no parece posible la existencia de un Estado que exprese la pertenencia de todos a una misma sociedad y que imponga límites, o mejor aún, que imprima otra dirección a las fuerzas económicas. Apostamos por la responsabilidad de individuos que asumen su condición de personas y crean cuerpos sociales y un Estado social capaz de imprimir otra dirección a la economía, por el bien de ella misma, a largo plazo.

Los actores, según Castells, son dos: “junto con los aparatos del Estado, las redes globales y los individuos centrados en sí mismos, también hay comunidades centradas en torno a la *identidad de resistencia*”⁴⁹. Estas identidades de resistencia pueden generar identidades de proyecto. En definitiva,

el nuevo poder reside en los códigos de información y en las imágenes de representación en torno a los cuales las sociedades organizan sus instituciones y la gente construye sus vidas y decide su conducta. La sede de este poder es la mente de la gente [...] Por este motivo son tan importantes las identidades y, en definitiva, tan poderosas en esta estructura de poder en cambio constante, porque construyen intereses, valores proyectos en torno a la experiencia y se niegan a disolverse estableciendo una conexión específica entre naturaleza, historia, geografía y cultura⁵⁰.

Esas identidades “son los sujetos potenciales de la era de la información”. En ellas, se da “una forma de organización e intervención interconectada y descentralizada [...] que refleja y contrarresta la lógica interconectada de dominio de la sociedad informacional”⁵¹.

49. M. Castells, *La era de la información*, o. c., p. 396.

50. *Ibid.*, p. 399.

51. *Ibid.*, p. 401.

En estos callejones traseros de la sociedad, ya sea en redes electrónicas alternativas, o en redes populares de resistencia comunal, es donde he percibido los embriones de una nueva sociedad, labrados en los campos de la historia por el poder de la identidad⁵².

Coincidimos en la importancia de los nuevos movimientos sociales, pero insistimos en que esos movimientos, basados en la identidad, pasan de la identidad de resistencia a la identidad de proyecto, cuando están arraigados en lo trascendente del ser humano o, tal como hemos subrayado, en el sentido de lo humano, evidente en la mundialización. Esa dimensión aparece siempre en acontecimientos concretos, vinculados a lugares e historias específicas, en los cuales aflora lo que los seres humanos de otras culturas valoran y reprueban, dado que lo comparten.

E. Dussel señala el predominio del fundamentalismo de mercado, que crea el fundamentalismo militar agresivo de las guerras preventivas, disfrazadas de enfrentamientos culturales o de expansión de una cultura política democrática. De ahí que proponga un pluriverso transmoderno, en un diálogo crítico multicultural, que subsuma lo mejor de la modernidad⁵³. La propuesta se basa en los nuevos movimientos sociales, grupos sociales, que manifiestan en el campo político las necesidades materiales incumplidas como reivindicaciones, es decir, como interpelación política de necesidades sociales en el campo económico. Estos movimientos son el pueblo para sí, la conciencia del pueblo, que se expresa concretamente. Este ejercicio cotidiano de poder en la base⁵⁴ se articularía en redes hasta convertirse en el poder ciudadano, que fiscalizaría a los otros poderes. Esto es lo que tendría que ocurrir a nivel mundial, en ese pluriverso transmoderno, siempre asumiendo lo mejor de la modernidad⁵⁵.

No obstante, la propuesta de Dussel no toma suficientemente en cuenta los descubrimientos decisivos que han dado lugar a esta nueva época y a su carácter configurador, cuando las corporaciones globalizadas y los grandes financistas los dirigen totalitariamente. Insistimos, por tanto, en que la alternativa debe originarse más abajo, en las personas, que viven sus propias culturas y se expresan en comunidades y grupos sociales, los cuales dan lugar

52. *Ibid.*, p. 402.

53. E. Dussel, *Filosofías del sur. Descolonización y transmodernidad*, pp. 279, 294 (México D. F., 2016).

54. B. González Buelta reflexiona sobre la importancia de la cotidianidad muy lúcida y concretamente, en *La letra pequeña. La cotidianidad infinita* (Maliaño, 2015). A. M. Isasi-Díaz, "Lo cotidiano, elemento intrínseco de la realidad", en R. Fornet-Betancourt, *Resistencia y solidaridad*, pp. 365-383 (Madrid, 2003).

55. *Ibid.*, pp. 231-240.

a movimientos, sin reducirse a ellos. Son comunidades y grupos que deben cultivarse de forma autónoma, sin caer en la autarquía⁵⁶.

4. Los descubrimientos decisivos

Entremos ya a caracterizar los descubrimientos científico-técnicos que están dando lugar a una nueva época. Aún es pronto para definir perfiles, pero, ciertamente, se trata de un nuevo imaginario y de un nuevo horizonte⁵⁷. Los circuitos integrados y el desciframiento del genoma humano son los dos elementos realmente nuevos y decisivos, los cuales han dado lugar a innovaciones muy diversas y a un cambio de paradigma.

Los *circuitos integrados* han posibilitado pasar de lo macro a lo micro. Ante todo, han dado lugar al mundo digital, ampliamente difundido. La digitalización no ha cambiado solo los hábitos de estudio, de trabajo y de convivencia, sino la forma más elemental de estar. Casi ha desaparecido el estar consigo mismo y la convivencia directa, algo que debiera preocuparnos seriamente y llevarnos a adoptar medidas, no tanto disciplinarias como de relación y educación personalizadas. El mundo digital, como dijimos al comienzo, ha dado lugar a la mundialización, en el sentido de estar todos en presencia de todos y en el estar cada vez más conectados, no solo los inversionistas, los mercados y las empresas, sino también las organizaciones solidarias y los ciudadanos. Asimismo, los circuitos integrados han permitido la exploración del universo, una empresa que apenas empieza; la robotización, que ha hecho posible la fábrica sin trabajadores y que cada vez asume más tareas domésticas; y

56. M. Ueffing y L. Stanislaus (eds.), *Interculturalidad en la vida y en la misión* (Estella, 2017), expresan muy situada y concretamente cómo vivir en cristiano y cómo misionar coherentemente, en un mundo intercultural que, de hecho, es asimétrico, razón por la cual hay que hacerlo desde los pobres de cada cultura.

57. L. Ferry afirma que “Estamos viviendo la emergencia y la convergencia cada vez más integrada de varias revoluciones en el ámbito de las tecnociencias, revoluciones que afectarán a todos los sectores de la vida humana, en particular los de la medicina y la economía: nanotecnologías, biotecnologías, informática (*big data*, Internet de las cosas), cognitivismo (inteligencia artificial), es decir, lo que conocemos como NBIC. Hay que añadir para completar el panorama la robótica, las impresoras 3D, las terapias reparadoras con ayuda de células madre, así como las diferentes formas de hibridación hombre/máquina. La economía colaborativa es posible gracias a algunas nuevas tecnologías y, en esa medida, comparte una parte de la plataforma tecnológica con el transhumanismo”. Ver *La revolución transhumanista*, o. c., pp. 189, 191-208.

la inteligencia artificial, que no sabemos hasta dónde puede llegar, ni sus consecuencias, si no es guiada por la voluntad firme de humanizarnos⁵⁸.

J. Habermas advierte que “hemos ido imitando mediante máquinas todas las funciones de que se compone el proceso circular de la acción instrumental: primero, las funciones de los órganos ejecutores (mano y pie); luego, las funciones de los órganos de los sentidos (ojo y oído); finalmente, las del órgano de control (cerebro)”. “El trabajo de las máquinas procesadoras de datos, que reproducen el curso lógico de las informaciones, podemos concebirlo, en primer lugar, como un nuevo *refuerzo* de órganos”. “La técnica de nuevo estilo puede desplazar al hombre no solo ya en sus operaciones, sino también en sus funciones de control”. “Esta situación es nueva: el hombre, en tanto que *homo faber*, puede por primera vez objetivarse totalmente y enfrentarse también a las funciones de la acción instrumental independizadas en sus productos”⁵⁹.

El *desciframiento del genoma humano* permite pensar en reparar de modo inédito hasta hoy el deterioro del cuerpo humano, incluso detener, hasta cierto punto, el envejecimiento. Más en general, la genética puede optimizar al ser humano. El descubrimiento del genoma de otros seres vivos, sobre todo, los beneficiosos para el ser humano, ha impulsado su optimización.

Asociada a la genética y a los circuitos integrados está la nanotecnología. Si es guiada por la voluntad de optimizar la vida humana, la nanotecnología permite intervenir de forma eficaz y sin riesgo, pero si carece de baremo ético, puede llevar a una invasión realmente criminal⁶⁰.

Estos son los dos descubrimientos que más están cambiando nuestra vida y nuestro hábitat. La cuestión es si se utilizan para optimizar la humanidad y la casa común o para destruirlas. La ingeniería genética cambiará radicalmente la medicina, la cual podrá optimizar y rehabilitar al ser humano hasta extremos desconocidos en la actualidad. El avance es siempre positivo, si el ser humano es el sujeto de la optimización, lo cual implica que los investigadores y sus financistas tengan hambre de humanidad y, por tanto, sean solidarios con toda la humanidad. El caso de perversión más clamoroso es la manipulación genética que considera al ser humano como punto de partida para crear “superhombres”, seres con un vigor y unas cualidades desarrolladas exponencialmente para ejercerlas sin límite ético, es decir, sin sentirse religados a quienes les han dado la existencia, ni a quienes vendrán después, sin reconocer vínculo obligante ni

58. *Ibid.*, pp. 203-208. L. Ferry acepta la inteligencia artificial débil, pero rechaza como imposible, más aún, como indeseable, la inteligencia artificial fuerte.

59. J. Habermas, *Teoría y praxis*, o. c., p. 316.

60. L. Ferry, *La revolución transhumanista*, o. c., pp. 191-195.

solidaridad, desconociéndose como criaturas y pretendiendo poner a los otros a su servicio.

Peor aún, la manipulación genética perversa aspira a crear “sub-hombres” con gran capacidad intelectual, pero sin voluntad y a merced de los “superhombres”. El individuo absolutizado, guiado solo por la voluntad de poder, deshumaniza a sus inventores. La ingeniería y la manipulación genética ya se encuentran en marcha. Cabe advertir, pues, que esta última puede tener consecuencias catastróficas⁶¹.

Los circuitos integrados están abriendo posibilidades increíbles. Hacen pensar que apenas estamos despegando de la tierra y la naturaleza. Aun cuando lo que falta es, en buena medida, impensable, es realizable a no muy largo plazo. Estos descubrimientos también excluyen de la sociedad a una cantidad cada vez más grande de personas. Las que permanecen dentro, tienden a ser homogeneizadas para reducirlas a piezas de su engranaje⁶². Las posibilidades, hasta hoy inéditas, para incidir en la casa común están llevando a destruir el equilibrio ecológico y la vida misma.

5. Dos paradigmas: Babel o pentecostés

El estar todos en presencia de todos no significa que todos sean sujetos, es decir, creadores, actores y beneficiarios de ese espectáculo mundial. Las redes están controladas por unos pocos, que ponen en circulación solo aquello que es de su interés. Obviamente, unos consumen mercancías de masas y otros, de elite, unos apenas tienen para comprar lo indispensable, mientras que otros derrochan, y, sobre todo, unos trabajan mucho y ganan muy poco; otros, demasiados, cada vez más, no encuentran trabajo, mientras que unos cuantos controlan el mercado laboral, incluso las corporaciones, y ganan muchísimo.

La pirámide social de esta época es diferente a la de la precedente. La pirámide comienza en el neolítico con la forma de encauzar la división del trabajo y la prioridad de la función sobre la persona. En la actualidad, la pirámide es mucho más vertical, con muchísimos abajo, poquísimos muy arriba y cada vez menos en el medio. Hubo un tiempo, en la reconstrucción después de la segunda guerra mundial, en que se privilegió la ampliación de las clases medias. En la

61. *Ibid.*, pp. 35-112. L. Ferry distingue cuatro posturas: rechazo de cualquier injerencia en “la naturaleza”, aceptación con finalidad terapéutica, optimización para retrasar indefinidamente la vejez y la muerte, e hibridación de las máquinas. El autor adopta la tercera opción y rechaza la primera y la última.

62. J. Habermas analiza y critica esa evolución y su teorización. Ver *Teoría y praxis*, o. c., pp. 314-334.

actualidad, en cambio, la democracia casi ha desaparecido, aunque se mantiene aún que es lo único digno y legítimo.

Así, pues, el paradigma predominante es el de Babel. Muchísimos excluidos y una ciudadanía de hormigas, disciplinadas y muy laboriosas, que trabajan para los poquísimos que pretenden estar cada vez más arriba, hasta tocar el cielo y vivir como dioses, más allá del bien y del mal, entregados a su pasión dominante. Las protestas ciudadanas de nuestra América, sobre todo, de los jóvenes en Chile y en Colombia, donde el paradigma ha sido más internalizado, evidencian lo que una normalidad, aparentemente consolidada, ocultaba. Muchos no pueden más, no quieren vivir esa vida tan exigente y exigua, en la cual la solidaridad es casi imposible. La vida que sacrifica la calidad humana y la sustituye por el fomento de la cualificación para poder estar adentro y disfrutar de alguna pequeña satisfacción, no es vida.

El paradigma alternativo al de Babel, para nosotros los cristianos, es el de pentecostés: la convergencia ecuménica de todas las culturas y pueblos. Cada uno aporta su riqueza y recibe la de los demás. Nadie domina sobre nadie, porque todos se reconocen comprometidos con la humanidad total, en la casa común de la tierra. La suerte es compartida. En el fondo, todos se reconocen hermanos e hijos del mismo Padre, que nos ha entregado a su Hijo. Todos desean aprender, todos quieren aportar y experimentar que hay más alegría en dar que en recibir.

Este paradigma es muy exigente, porque cada quien quiere llevar su propia carga para que otro no cargue con ella. Por eso, trata de cualificarse cada día más (Gal 6,5), al mismo tiempo que se esfuerza por ser llevadero, ya que, como hermanos, nos ayudamos unos a otros a llevar las cargas (Gal 6,2). La solidaridad se deriva del ejercicio de la propia responsabilidad. La responsabilidad propia se extiende a los demás y se recibe de ellos agradecidamente.

Esta caracterización sumaria, este discernimiento y esta propuesta nos llevan a agradecer a la comunidad científica y técnica, así como también a poner coto a la *hybris* de los investigadores decididos a hacer todo lo que ven posible y a hacer posible todo lo que podría serlo, sin reparar en las consecuencias⁶³, y a las corporaciones. La lógica que debe imperar no es la del mercado absolutizado, ni la del cártel, sino la de la optimización de la vida humana. Esta se caracteriza por las relaciones horizontales y abiertas de entrega de sí mismo, por la recepción de la fraternidad y por la optimización de la casa común, tan urgida no solo de cuidado, sino también de reparación para que pueda recuperar su equilibrio. Las dos lógicas están estrechamente compenetradas. En este

63. M. Lacroix lo subraya fuerte e ingenuamente, en *El humanicidio*, o. c., pp. 70-79.

contexto, las grandes innovaciones pueden contribuir a que haya más vida para todos y a que esa vida sea más humana.

A nosotros nos corresponde optimizarnos y asumir nuestra responsabilidad ciudadana, desde la práctica de las relaciones que humanizan. No podemos renunciar a esta tarea. No podemos decir que nos queda grande. En ello, no solo se juega la vida, sino también nuestra responsabilidad como hijas e hijos de Dios. Así, pues, afirmamos todo aquello que optimice al ser humano, que puede ser mucho, más de lo que podemos imaginar. Simultáneamente, negamos el individualismo, que absolutiza la voluntad de poder y relativiza todo lo demás, comenzando por los otros, que solo existen como colaboradores y rivales. El individualismo lleva a la lucha de todos contra todos, al dominio de la inmensa mayoría por parte de algunos, a la deshumanización, a la pérdida del equilibrio ecológico y a la muerte.

Si Jesús es nuestro paradigma, sus milagros apuntan a la optimización de la vida desde la solidaridad. No podemos entenderlos como excepciones a las reglas de la naturaleza, sino como muestra de hasta dónde puede llegar el ser humano, en la optimización del cuerpo y en la relación con la naturaleza, si se deja llevar por el amor creador, que incluye la solidaridad.

6. Desde la versión actualizada de la teología de la liberación

La teología de la liberación surge en un contexto de mucha opresión y de muchas tensiones. Los sectores profesionales y el pueblo adquirieron conciencia de la injusticia del orden establecido. La época era dura, pero dinámica. Parecía abierta y generaba esperanza. Hubo mucha organización popular.

En ese momento, muchos no habían visto aún el carácter totalitario de la revolución cubana, que era un estímulo y un motivo de esperanza. Otros aspirábamos a un socialismo democrático, que conviviera con la empresa privada con responsabilidad social, con empresas en las cuales participaran los trabajadores, con empresas de propiedad cooperativa y con la propiedad estatal de las actividades básicas de interés general. Había mucha discusión ideológica y el cuerpo social gozaba de buena salud, a pesar de tantas tensiones.

Pero los militares truncaron el proceso en Brasil y luego en Chile, Argentina, Uruguay, Paraguay y Bolivia. Representaban a la oligarquía y estaban aliados con el imperialismo estadounidense, que actuaba de manera abierta. En otros países, la democracia se diluyó. A pesar de todo, persistió el deseo de un cambio incluyente, participativo y dinámico.

El horizonte cambió en la medida en que se impuso la globalización, un movimiento dirigido por las grandes corporaciones y, en definitiva, por el gran capital financiero. Hoy es obvio que estamos en una nueva época, de la mano de los descubrimientos científicos, cuya implementación técnica ha modificado completamente el imaginario colectivo.

En consecuencia, las propuestas no pueden ser las mismas. La mundialización y la encarnación *kenótica* en nuestra tierra y en nuestra situación nos obligan a trabajar denodadamente para superar la dirección que ha tomado la globalización, comandada por las grandes corporaciones y los grandes inversionistas.

Tenemos que desarrollar al máximo nuestra individualidad y asumir los bienes civilizados y culturales de esta época. Es un punto de honor⁶⁴. Tenemos que asumir nuestra condición de sujetos de nuestras vidas, de nuestro entorno y de nuestra época. Tenemos que asumir nuestra responsabilidad, desde nuestra condición de personas, es decir, desde las relaciones horizontales, gratuitas y abiertas de entrega de nosotros mismos y desde la recepción de la entrega de los otros, desde la fraternidad de las hijas y los hijos de Dios, que Jesús nos dio y que su Espíritu hace posible.

Nuestra encarnación, al igual que Jesús de Nazaret, tiene que ser por abajo. No como un acto de sacrificio, ni porque creamos que los pobres son el futuro, sino llevados por la simpatía y la misericordia, ya que son nuestros hermanos necesitados. Además, en los pobres con Espíritu reconocemos la mejor realización humana y cristiana, y su fraternidad nos enriquece, así como también nosotros los ayudamos a historizar su modo de vivir el cristianismo.

Desde las relaciones vitales, tenemos que relativizar drásticamente el consumo. Tenemos que vivir construyendo la vida histórica, que nos llevará a prescindir del consumo superfluo y a promover el consumo de calidad, no el publicitado, sino el que contribuye a la calidad humana de la vida. Tenemos que propagar la liberación del consumo y la inmunización contra la publicidad de las mercancías. Las corporaciones tendrán que reestructurarse si alcanzamos una masa crítica de ciudadanos con esa libertad liberada, porque perderán la capacidad para seducir e imponer⁶⁵.

64. Nosotros no podemos decir, tal como lo dijo repetidamente Unamuno, “que inventen ellos”.

65. M. Lacroix rechaza, al igual que nosotros, el primado actual de la cantidad y aboga por la frugalidad que, vivida en libertad y acompañada por un proceso de interiorización, no es ajena a la alegría. Sin embargo, reemplaza la entrega personal por el monismo de ser instrumentos de Gaia para su preservación. Ver *El humanicidio*, o. c., pp. 137-156.

Desde la individualidad robusta, desde el ejercicio de nuestra responsabilidad como sujetos y desde las relaciones personalizadoras, tenemos que construir comunidades, grupos y organizaciones sociales hasta que el cuerpo social adquiera tal consistencia, que sea capaz de sostener una política realmente democrática, humanizadora y conectada con la naturaleza. Entonces, la economía tendrá también que reestructurarse.

Ante nosotros tenemos un gran camino, si no nos rendimos a la omnipotencia proyectada por las grandes corporaciones y los grandes inversionistas y si tenemos fe en la humanidad, desde el paradigma actuante de Jesús, que nos atrae con el peso infinito de su humanidad y la fuerza de su Espíritu, que nos mueve desde lo más íntimo. Ahí, y no en otro ámbito, se juega la fe cristiana.

7. Conclusión

Estamos en la primera figura de la historia universal caracterizada por las interconexiones, pero no todos, ni siquiera la mayoría, somos sujetos en ella. En ese sentido, esta figura no es diferente respecto al sujeto, que es lo decisivo. No obstante, estamos llamados a ser sujetos, un reto impostergable, para hacer realidad nuestra calidad humana.

En realidad, desde la división del trabajo y los papeles sociales asignados en el neolítico, en concreto, desde que esa división se convirtió en imposición de unos sobre otros y se originó la pirámide social, nunca han sido todos sujetos de la historia. En el mejor de los casos, una multitud se adhirió voluntariamente, porque ofrecía ventajas, a lo que, en cualquier caso, disponían los de arriba. Pero por lo general, los de arriba obligaban a todos a jugar su juego. Ahora bien, en el caso del imperio, eran considerados ciudadanos, ya que los tributos de los países sometidos estaban destinados a aliviar su carga impositiva, pues el Estado fuerte requería de muchos recursos. De todas maneras, la ideología imperial siempre consideró que los tributos eran justos, porque el imperio entregaba los bienes civilizatorios y culturales.

Ahora, todos nos consideramos mayores de edad. No solo hemos asumido nuestra irrenunciable condición individual, tratando de optimizarla, sino también somos conscientes de que estamos llamados a asumir nuestra responsabilidad como sujetos. No solo de nosotros mismos, sino también de la sociedad en la que vivimos, de la humanidad de la cual formamos parte y de la tierra, que estamos llamados a cuidar y cultivar para optimizarla. Con todo, el llamado mayor es a relacionarnos con todos de manera horizontal y abierta, sin excluir a nadie. Así formaremos verdaderos nosotros personalizados, es decir, comunidades y cuerpos sociales realmente humanos. Entonces, la sociedad funcionará

como un verdadero cuerpo social, comprometido con el bien común, el de todos y el de nadie en particular.

Por eso, no aceptamos que las corporaciones globalizadas y los financistas lleven la voz cantante y, en consecuencia, que la democracia sea inexistente. Sentimos el llamado a desarrollar de forma consistente esas tres dimensiones del ser humano, cuyo máximo desarrollo dará paso a una masa crítica de seres humanos, de comunidades y de cuerpos sociales capaces de estimular el surgimiento de vocaciones políticas, comprometidas con la construcción de una verdadera democracia. Una democracia que obligue a las corporaciones globalizadas y a los grandes financistas a ocupar su lugar, y así impedirles la imposición inconsulta de sus intereses y una hegemonía universal, lo cual, en la actualidad, excluye a las mayorías y provoca un desastre ecológico, que amenaza con exterminar a la humanidad. El individuo y la ganancia deben ser integrados en el conjunto y en la búsqueda del bien común, donde el suyo particular tiene cabida.

Este horizonte presupone que lo propiamente humano, es decir, no solo lo constitutivamente humano, sino también la calidad humana, es una posesión de cada persona. Por tanto, goza de un estatuto intercultural. Cada uno lo vive en su propia cultura, entendida como cauce de humanidad. En todas las culturas, puede vivirse con calidad humana, aunque ninguna la expresa en su totalidad. Todas tienen puntos de resistencia. Por eso, todas tienen que ser transformadas desde dentro, razón por la cual ninguna puede ser sacralizada ni demonizada. Cada persona debe asumir la propia cultura, pero desde su condición humana, que la desborda.

Así, pues, todas las culturas tienen sentido en esta primera figura de la historia universal, siempre que acepten relativizarse y medirse por la calidad humana, un bien transcultural, en el cual todos podemos coincidir.

Esta aceptación y el trabajo simultáneo sobre la propia cultura, así como también el reconocimiento de las demás culturas, sin absolutizarlas ni mediatizarlas, solo es posible en una auténtica democracia, no solo en cada Estado, sino planetaria. Este objetivo reclama la construcción de acuerdos entre los estados con la misma matriz cultural, en concreto, en la comunidad de los países latinoamericanos. Pero esto no es suficiente. El bloque latinoamericano debe articularse fraternalmente con otros bloques para comprometerse, todos juntos, en el bien común de la humanidad, de la cual todos formamos parte. Obviamente, el fundamento de esta comunidad de naciones, que nada tiene que ver con las Naciones Unidas actuales, lo constituyen los bienes civilizatorios y culturales de esta figura histórica.

Asumir nuestra responsabilidad de seres humanos entraña también aceptar los bienes civilizatorios característicos de esta figura histórica. Esto supone, en el caso particular de la genética, optimizar la vida de la tierra y de la familia humana. Por tanto, estas no pueden ser tomadas como punto de partida para lo que se nos ocurra. En concreto, la genética no puede estar al servicio de los deseos e intereses de los científicos y de sus dueños. Hay mucho por optimizar y mucho por reparar, a causa del deterioro existente.

Hemos sido testigos y beneficiarios del nacimiento de la tercera edad, lo cual nos lleva a pensar que es posible alargar la vida humana promedio mucho más aún. Quisiéramos que esa vida siguiera siendo vivible, apreciable y fecunda, esto es, útil. Pero la vida humana está limitada por la edad y la muerte. Los seres humanos tenemos edad: nacemos, crecemos y alcanzamos una meseta. Pero luego, poco a poco, la vida declina cada vez más perceptiblemente, hasta que decae y llegamos a la muerte. Los lapsos pueden ser más o menos largos. Las preparaciones se prolongan, el crecimiento se alarga, la meseta dura más y la declinación es cada vez más lenta. Pero, en definitiva, las edades permanecen. Así, llega el momento en que la persona percibe que sobra, que no sirve para nada, que es una carga y que no desea vivir, sino morir. Insisto, las negatividades pueden ser atenuadas y las positividades, optimizadas, pero no podemos renunciar al horizonte de la edad. No lo encontramos posible, tampoco lo deseamos. La vida posee una dirección: del nacimiento a la muerte. De ahí que nada se repita, lo cual da sentido a lo que vivimos. Si no tuviéramos edad, el tedio y las ganas de no ser nos invadirían, tal como atisbó certeramente Jorge Luis Borges, en “Los inmortales”⁶⁶.

La humanización de los experimentos genéticos y su implementación exige la democracia, tal como la hemos definido. Lo mismo podemos decir del conocimiento del universo y de la posible salida de la tierra. Solo desde una democracia genuina, avanzaremos en una dirección constructiva, sin distraernos en frivolidades.

Por eso, proponemos una superación dialéctica de la dirección dominante en esta figura histórica: apoyarnos en sus fortalezas y superar sus debilidades, en lo que respecta tanto a los contenidos como a los sujetos. De ahí que no hayamos hablado de dar una vuelta a la tortilla. Los grandes gerentes y financieros, así como también los grandes científicos y técnicos tienen un puesto. No el actual, que se traduce en un sistema totalitario, incluso fetichista, sino otro, comprometido con el bien común. En este nuevo orden, podrán realizar lo mejor de sus cualidades individuales, podrán ejercer su responsabilidad como

66. J. L. Borges, *El Aleph* (Buenos Aires, 1949).

sujetos y alcanzar su bien personal, en cuanto componentes de la comunidad y la sociedad humana.